

A detailed portrait of Philip II of Spain, showing him from the chest up. He has a full, dark beard and mustache, and is wearing a white ruffled collar and a dark, ornate garment with gold embroidery. The background is dark and textured.

EL SEÑOR DEL MUNDO

FELIPE II Y SU IMPERIO

HUGH THOMAS

EL SEÑOR DEL MUNDO

Felipe II y su imperio

Traducción de Carmen Martínez Gimeno



Índice

<i>Prefacio</i>	9
<i>Introducción. UN VIAJE A PARÍS</i>	15
 Libro I. LA VIEJA ESPAÑA	
1. Felipe, por la gracia de Dios	23
2. El déspota ilustrado	37
3. Un gran imperio en las Américas	49
4. Un imperio religioso	61
5. Una nueva orden: la Compañía de Jesús	77
 Libro II. LA ESPAÑA IMPERIAL	
6. Los asuntos de las Indias	91
7. Agitación en Nueva España	105
8. Perú bajo Francisco de Toledo	129
9. La vida religiosa y urbana del virreinato peruano	143
10. Chile: poesía épica, historia épica	153
11. Conquistas finales en Yucatán	159
12. Pedro Menéndez de Avilés, entre La Florida y Cuba	177
13. La crisis franciscana en Yucatán	189
14. La creación de Paraguay	203
15. El Río de la Plata	217
16. La expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre	233
17. Los buscadores de El Dorado	241

Libro III. DISTRACCIONES EUROPEAS	
18. Retorno a la corte castellana	253
19. La tragedia de los Países Bajos	267
20. Inglaterra como oportunidad	285
21. La unión con Portugal	295
Libro IV. EL HORIZONTE BRASILEÑO	
22. Los portugueses en Brasil	303
23. Los brasileños	315
Libro V. UN NUEVO MUNDO	
24. Comercio y comunicaciones en el Imperio español	325
25. El corso	341
26. Navegación y defensa	353
27. Nueva población en un nuevo mundo	363
Libro VI. ORIENTE EN PROPIEDAD	
28. La conquista de las Filipinas	375
29. La tentación de China	393
30. El fin de «la empresa de China» y otras aventuras en Oriente	407
<i>Epílogo.</i> DESTINOS IMPERIALES	425
31. De las conquistas a la organización territorial	427
APÉNDICES	
Apéndice 1. Algunas cifras	445
Apéndice 2. Presupuestos reales	447
Apéndice 3. Ingresos procedentes de las Indias (en maravedís)	449
Apéndice 4. Ingresos de la corona hacia 1590 en maravedís	451
Apéndice 5. Población de Iberoamérica hacia 1570	453
Apéndice 6. Orígenes regionales de la emigración a las Américas	455
Apéndice 7. Remesas procedentes del Nuevo Mundo	457

Apéndice 8. Virreyes y gobernadores	459
Apéndice 9. Barcos negreros desde puertos africanos	461
Apéndice 10. Viaje de retorno acostumbrado, 1568	463
Apéndice 11. Navíos y flotas rumbo a las Indias en la segunda mitad del siglo xvi	467
Apéndice 12. Armadas y flotas de retorno de las Indias en la segunda mitad del siglo xvi	471
Apéndice 13. Remesas enviadas de Perú a Sevilla en 1577	477
Apéndice 14. Relación del azogue vendido por los funcionarios reales en 1564	481
Apéndice 15. Genealogías	483
<i>Bibliografía</i>	487
<i>Notas</i>	529
<i>Índice onomástico</i>	587

CAPÍTULO 1

Felipe, por la gracia de Dios

Nos, don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, Brabante y de Milán, conde de Barcelona, Flandes y de Tirol, señor de Vizcaya y de Molina, duque de Atenas y Neopatria, conde de Rosellón y de Cerdeña, marqués de Oristán y de Gociano...

Comienzo de la aceptación por parte del
monarca de la dedicatoria del poema
La Araucana de Alonso de Ercilla, 1569

La primera preocupación que hubo de afrontar Felipe II a su regreso en España en 1559 fue la aparente crisis religiosa causada por el descubrimiento de protestantes en Sevilla y Toledo, así como los autos de fe en Sevilla y Valladolid que siguieron, consistentes en ejecuciones públicas en la hoguera tras una prolongada investigación y juicio. La Reforma y la Contrarreforma fueron asuntos en pugna constante durante su largo reinado. También tuvo que organizar unos esponsales reales con Isabel de Valois.¹

La nueva reina llegó a Pamplona (Navarra) en diciembre

de 1559. El matrimonio se celebró en enero de 1560 en Guadalajara, ciudad situada a 58 kilómetros al noreste de Madrid y residencia de la gran familia Mendoza. La nueva reina solo contaba trece años y tenía la tez morena, sin duda herencia de sus antepasados italianos Médici. Era vivaz y atractiva, pero no bella en el sentido estricto de la palabra, según la opinión del embajador veneciano.² Ambas partes parecieron complacidas, aun cuando Felipe era veinte años mayor que su nueva esposa y ya había enviudado dos veces. La joven reina escribió a su madre, Catalina, palabras amables sobre él. Bailes, cacerías, justas y corridas de toros señalaron la ocasión. Los recién casados reyes viajaron a Toledo para el carnaval de 1560 y se alojaron en el Alcázar, donde hubo más celebraciones. También visitaron Aranjuez, posesión real al sur de Madrid, donde Felipe pondría en marcha planes para la reconstrucción de los jardines.³ El monarca abandonó entonces a su amante, Eufrasia de Guzmán, quien estaba embarazada, tal vez de él, y se casó de inmediato con el oportuno napolitano Antonio de León, tercer príncipe de Ascoli. Su hija vivió tranquila y feliz.⁴

En 1559, Felipe tenía treinta y dos años, pues había nacido en Valladolid en la casa de Bernardino Pimentel, conde-duque de Benavente, en mayo de 1527. El palacio de Benavente se alzaba justo enfrente de la gran iglesia de San Pablo, que su padre Carlos y otros consideraban su catedral. Recibió en el bautismo el nombre de Felipe por su mujeriego abuelo Felipe de Habsburgo, el Hermoso, que había utilizado el título de Felipe I tras su matrimonio con Juana la Loca, reina de España. El duque de Alba, consejero del emperador Carlos sobre muchos asuntos, al igual que lo acabaría siendo también de Felipe, habría querido que el infante recibiera el nombre de su elogiado abuelo, Fernando el Católico, pero no lo consiguió.

La madre de Felipe fue la bella, resuelta y firme emperatriz Isabel, hija del rey Manuel el Afortunado de Portugal. Era prima de su esposo el emperador Carlos, pero siempre estuvo rodeada de amigos y cortesanos portugueses. Parece que no hay más que un retrato de ella, el pintado por Tiziano después de su muerte y que hoy se encuentra en el Museo del Prado. Sin duda, en él des-

taca el hermoso semblante de Isabel, como elogió con entusiasmo el propio emperador.⁵

Otra persona que ejerció una influencia importante sobre Felipe fue su aya Leonor de Mascarenhas, también portuguesa. Tanto su madre como su aya, junto con otros personajes de origen portugués, tuvieron un efecto decisivo sobre la personalidad del monarca: probablemente lo hicieron reacio a la guerra, por ejemplo. Sin embargo, su guía en política fue un noble español, Pedro González de Mendoza,⁶ uno de los trece hijos del cuarto duque del Infantado, a quien a menudo se consideraba con acierto padre de la aristocracia española. Después fue sustituido por otro aristócrata, Juan de Zúñiga, quien transmitió a Felipe su pasión por la caza. Zúñiga, nacido en 1488, era hijo de Pedro de Zúñiga y Velasco, conde de Miranda. Pertenecía, por tanto, a una gran familia de Extremadura, conocida en otro tiempo como Stúñiga. Era primo hermano de Juana, la segunda esposa del conquistador Hernando Cortés,⁷ y en su juventud había sido amigo del rey Felipe I, cuya vida disoluta había amparado. Vivió en Flandes de 1506 a 1517 y ocupó un puesto menor en la casa real. En 1511 pasó a ser camarlengo del joven Carlos V y luego su camarero. En 1520 ya era el consejero principal de Carlos y ayo del príncipe. Llegó a ser comendador de Castilla y tomó partido por Bartolomé de las Casas en su famosa disputa con el arzobispo Rodríguez de Fonseca en 1519 sobre el trato otorgado a los indios.⁸ Siempre contó con la confianza del emperador Carlos, quien lo mandó en 1522 a Portugal como embajador para que tratara de controlar a los dirigentes comuneros que habían tomado refugio en ese país.⁹ Así pues, se hallaba en Lisboa cuando le encargaron ocuparse de los detalles del enlace matrimonial entre Carlos e Isabel.

Más adelante, Zúñiga pareció mantener una gran amistad con el secretario real Francisco de los Cobos, pero en una instrucción secreta para Felipe, Carlos V sostuvo después que estaba celoso tanto de él como del duque de Alba. Carlos pensaba que Zúñiga estaba afligido porque disponía de muy pocas concesiones y que su esposa y sus muchos hijos lo agotaban. De todos modos, aceptaba que Felipe no podía «tener mejor ni más fiel consejero que don Joan».¹⁰ Cobos escribió:

Don Juan de Zúñiga trabaja mucho para sí, y no quiero decir a Vuestra Magestad Cesárea que contra mí, por no hacerme sospechoso en esta advertencia. Él quiere todo el mando sin miramiento de los servicios e fedelidad de los demás e pone en estas andanzas quanto puede para que el rey mi señor lo haga su único privado consejero, siendo así que su ambición es pública y nunca se hizo con ella nada bueno. La aspereza y el rigor con que crió a Su Magestad lo á trocado ya en dulzura y suavizamiento, todo nacido de lisonja para alcanzar el logro de tal afincamiento.¹¹

Sin embargo, el disoluto pero hábil cortesano Alonso Enríquez de Guzmán lo consideraba un amigo: «es mucho y verdaderamente honorable».¹²

Zúñiga se casó con Estefanía de Requesens, perteneciente a una familia de consejeros reales, pues era hija de Galcerán de Requesens, comandante de la flota española que había servido al Gran Capitán. Requesens también había sido bailío general del rey en Barcelona y después gobernador de Cataluña. Estefanía era como una segunda madre para Felipe, quien solía hospedarse en su casa cuando iba a Barcelona. Su hijo, Luis de Requesens, había sido compañero de juegos de Felipe I en la infancia y lo acompañó a menudo a lo largo de su vida, sirviéndole como embajador en Roma durante la década de 1550 e incluso como gobernador general de los Países Bajos en la década de 1570. Aunque en su juventud recibió burlas en la corte por su acento catalán, fue el más leal de los súbditos del rey Felipe.

Desde abril de 1535, cuando solo había cumplido siete años, Felipe tuvo casa propia, independiente de la de la reina. Allí lo educaron. Un miembro de su casa tradujo para él el magnífico libro de Erasmo *Educación del príncipe cristiano*. Carlos V recibió durante mucho tiempo informes entusiastas de sus progresos. El adusto obispo Silíceo, Juan Martínez de Guijo, escribió en marzo de 1540 que Felipe había «mejorado mucho en hablar latín y no habla otra lengua durante la clase».¹³ Pero, a decir verdad, nunca habló latín mucho mejor de lo que su padre lo había hecho. Prestaba más atención a la música, como todos los Habsburgo, en especial a las canciones populares y a los bailes moriscos y france-

ses. Luis Narváez de Granada, que no tenía relación con Pánfilo, el gran conquistador con el que compartía apellido, pasó a ser su profesor de música y le enseñó a tocar la vihuela.¹⁴ A las hermanas de Felipe también les gustaba bailar y le enseñaron muchas melodías. Sin embargo, ya en 1540 Silíceo escribía que su mayor inclinación era la caza.

Este macilento enemigo de los judíos fue nombrado obispo de Cartagena poco después, pues el emperador Carlos pensó que consentía en exceso a Felipe. Juan Cristóbal Calvete de Estrella lo sucedió como nuevo maestro de latín, mientras que el polemista Ginés de Sepúlveda, enemigo de Bartolomé de las Casas, le enseñaría historia y geografía, una mezcla peligrosa puesta en las manos capaces pero prejuiciosas del fraile.¹⁵ Calvete, apenas cuatro años mayor que Felipe, le buscaba libros y en 1549 lo acompañó en su viaje a Italia, Alemania y los Países Bajos, y después a Inglaterra en 1554. Su relato de lo acontecido entre 1545 y 1549 compensa la pérdida de documentos del Consejo de Indias relativos a esos años, sobre todo aquellos relacionados con la rebelión de Gonzalo Pizarro. Calvete se convirtió más tarde en el primer biógrafo del triunfante virrey del Perú, Pedro de la Gasca.¹⁶

El aventurero Enríquez de Guzmán pensaba que, a los catorce años, Felipe era muy elegante en su gesto, tenía una disposición amable y un entendimiento muy despierto; era además devoto, honrado y ponderado, y sabía disponerlo todo en su justo lugar.¹⁷ Añadió que era de rostro hermoso, aunque bajo de estatura, instruido, afable y extremadamente grave, como un emperador o un hombre maduro.¹⁸

Tras la trágica muerte de la emperatriz Isabel en 1539 como consecuencia de un parto prematuro y la nueva marcha a Alemania de Carlos, Felipe volvió a quedar bajo el control de Zúñiga, que dirigía su casa como mayordomo mayor. En 1543 componían su servicio 110 personas, entre las que se incluían un sacerdote, un médico, porteros y caballerizos, así como once capellanes encabezados por Silíceo, que había regresado de Cartagena. Estaban además los ayudas de cámara y el personal de la cocina, donde jamás se preparaba pescado, sino siempre carne, pan, aves y huevos. También se servían lechuga y endivias, y fruta una vez

a la semana, naranjas en invierno y peras en verano. De cuando en cuando, al principio, había cerveza en la mesa, pero rara vez a partir de 1551, cuando comenzó a servirse generosamente vino (a menudo, cazalla, lo mismo que bebían los conquistadores). Felipe contaba incluso de niño con la asistencia de setenta pajes, todos hijos de la nobleza. Después su servidumbre ascendió a 1.500 funcionarios, controlados y elegidos en su mayoría por el duque de Alba como mayordomo. No hubo más empleados públicos en el imperio.

En 1543, Cobos escribió, en tono adulator, al emperador:

Lo primero, señor, el rey Philipppo mi señor lo es ya tan grande que se ha adelantado su saber e su suficiencia a su hedad [tenía dieciséis años], pues lo que con ella parece imposible pudiera facer lo face con su entendimiento tan grande e con su alta comprehensión. Sus diversiones son un puro entregamiento perpetuo al trabajo e a los negocios importantes de su reyno. Siempre está pensando e discurriendo en las cosas de la buena guvernaçión e justicia sin dar entrada ni parcialidad al ocio ni a la lisonja ni a ningún vicio. Sus comunes tratos e conversaciones son siempre en estos negocios e con hombres maduros y de la primera nota [...].

En los casos más grandes, que tiene juntas y ventilaciones sobre ellos, oye los pareceres de cada uno con gran mesura e atención [...].

Enciérrese muchas veces conmigo por algunas horas para tratar negocios de Estado de mucha monta. Lo mismo hace después con el Presidente [Fernando de Valdés] para comunicar las de justicia e con el duque de Alba para hablar de las de guerra [...] e aseguro a vuestra majestad cesárea no solamente que no tengo que repudiar nada de lo que provee, sino que me admiran sus deliveranzas tan prudentes y calificadas.¹⁹

El admirable historiador francés Bartolomé Bennassar consideraba a Valdés, arzobispo de Sevilla, el prototipo de los inquisidores generales.²⁰ Era asturiano, nacido en el pueblecito de Salas, a 48 kilómetros al oeste de Oviedo. En 1524 comenzó a trabajar para la Inquisición. En 1539 asumió, como sucesor de Tavera, la presidencia del Consejo de Castilla. Sin embargo, aunque el em-

perador Carlos lo había nombrado, le dijo a Cobos que no era un hombre capaz y que era mejor usarlo en la cancillería que en el Consejo. De todos modos, Valdés no se detuvo y se convirtió en inquisidor general en 1554. Tal vez porque tenía buenas relaciones con Cobos, se lo consideró un posible regente para el reino cuando tanto Felipe como Carlos abandonaron el país en 1554. Valdés se mantuvo como inquisidor general hasta su muerte, siendo ya octogenario, en 1568. Para entonces ya había encontrado el discípulo ideal en Melchor Cano, un teólogo lleno de prejuicios.

Mucho antes de los triunfos de Valdés, Felipe había sufrido su primera tragedia personal. En el verano de 1546, su joven esposa y prima hermana, María Manuela, murió a los dieciocho años al dar a luz al príncipe don Carlos. Al igual que la madre de Felipe, había sido infanta de Portugal. Alonso de Ulloa dijo que falleció porque sus damas de compañía, María de Mendoza y la duquesa de Alba, habían acudido a un auto de fe, y sus sirvientes luteranos y portugueses le dieron a comer un limón con el que se asfixió. Sin embargo, lo más probable es que muriera de fiebres puerperales, derivadas de una infección en el útero, algo muy frecuente tras el parto en aquellos días. Se solía hacer referencia a ellas como «fiebres de sobreparto» o «yacer con fiebres».²¹

La segunda esposa de Felipe fue, por supuesto, María Tudor de Inglaterra, una novia muy deseada para su hijo por el emperador Carlos debido a motivos dinásticos. El hecho de que Felipe aceptara un emparejamiento tan poco prometedor demuestra la influencia paterna sobre él. María había puesto en claro que no deseaba ninguna intimidad con Felipe, aunque era once años mayor que él, quien ya debía de sentir la necesidad de engendrar más descendencia de su sangre para asegurar la sucesión en España. La unión estuvo lejos de ser beneficiosa para ninguna de las dos partes, pero Felipe fue proclamado rey de Inglaterra en su banquete de bodas en Edimburgo, un hecho que se suele olvidar en el reino inglés.²²

Después de la muerte de María en 1558, posiblemente como consecuencia del crecimiento de un tumor maligno, parece ser que Felipe disfrutó de varios meses de agradable soledad. El em-

bajador veneciano Federico Baodero,²³ inestimable observador en España y otros lugares, recordó que el rey sufría entonces de problemas estomacales y que por esa razón, siguiendo el consejo de los médicos, había comenzado a hacer frecuentes excursiones, comía en abundancia dulces y pastas, y se abstenía de probar pescado, fruta y cosas similares porque tenían tendencia a crear malos humores.

Otro veneciano, Paolo Tiepolo, primo del pintor del mismo nombre, escribió que Felipe era corto de estatura, de rostro redondo y ojos muy azules (los «intolerantes ojos azules» de la descripción llena de prejuicios del viajero Richard Ford), labios prominentes y «una piel sonrosada como de marinero inglés».²⁴ Sus costumbres, pensaba Baodero, eran de naturaleza tranquila. Pero se mostraba disoluto con las mujeres, le gustaba salir disfrazado por la noche (lo que constituía una ocupación frecuente de la nobleza en esa época) y disfrutar de toda clase de juegos; tendía más a la amabilidad que a la ira y mostraba una cortesía especial con los embajadores. Solía contar chascarrillos divertidos y también le gustaba escucharlos. Pero aunque se admitían las chanzas durante las comidas, entonces no se entregaba tanto a la risa como cuando se hallaba a sus anchas en sus aposentos. Prestaba gran atención a lo que se decía de él, pero no solía mirar a quienes le hablaban y mantenía los ojos bajos, alzándolos solo para observar de un lado a otro. Contestaba sucintamente a todas las preguntas que se le planteaban, pero sus esfuerzos no se dirigían tanto a aumentar sus posesiones mediante la guerra como a conservarlas por la paz. Baodero destacaba también que, a diferencia de su padre el emperador, quien gobernaba siguiendo por completo sus puntos de vista, Felipe se regía por el parecer de otros, aunque no sentía estima por más nación que España y, como afirmaba el diplomático veneciano, solo tenía trato con españoles.

A Felipe le gustaban la arquitectura y las flores, y mostró gran interés en la planificación o reconstrucción de sus palacios, sobre todo el monasterio de El Escorial, donde pronto pasaría mucho tiempo en habitaciones que evocaban el alojamiento de su padre en el monasterio de Yuste. Otro veneciano, Soranzo, escribió que a Felipe:

[...] no le gustaban en absoluto las multitudes, era tranquilo y siempre sabía controlarse. [Aunque] no carecía de humor ni vivacidad, siempre hablaba en voz baja. Cuando alguien se dirigía a él, siempre le pedía que hablara primero y escuchaba hasta el final. Siempre estaba tranquilo y era cortés. Aunque, como a su padre, le gustaba vestir de negro, no era especialmente lúgubre en su atuendo. Le preocupaba, sin embargo, la necesidad de mantener la limpieza personal, por lo cual tenía un traje nuevo cada mes. Aborrecía la vanidad en todas las cosas.²⁵

El gran historiador del papado, Ludwig von Pastor, para quien ningún detalle era demasiado desdeñable y ninguna generalización demasiado burda, hizo de Felipe en esa época un juicio mucho más negativo: «en lugar de actuar, se dedicaba a pensar constantemente las cosas, tratando de ganar tiempo y posponiendo una decisión. Su absolutismo instintivo se mostraba en su manía de asumir la dirección personal del menor detalle de gobierno. Adusto, lacónico, inaccesible, la única decisión a la que llega el rey es permanecer para siempre indeciso».²⁶ Aunque ese juicio era exagerado, Felipe se halló con frecuencia sumido en las dudas. Así, a comienzos de 1569 escribió una sombría carta al altivo cardenal navarro Diego de Espinosa,²⁷ que se había convertido en inquisidor general en 1568, además de ser presidente del Consejo Real:

Aunque entiendo yo que todo es así como aquí decís, y muy bien, son cosas estas que no pueden dexar de dar mucha pena y cansar mucho, y [...] que si no fuese por las [cosas] de Granada [la guerra contra los moriscos], y otras que no se puede dexar de acudir, no sé qué me haría. Y quizá no me pesa de la dilación de los negocios de Alemania porque cierto yo no estoy bueno para el mundo que agora corre, que conozco yo muy bien que avría menester otra condición no tan buena como Dios me la ha dado, que solo para mí es ruin. Y esto pagándomelo muy mal muchos; plega a Dios que allý se lo paguen mejor.²⁸

Felipe había viajado mucho en comparación con un estadista de cualquier época, pues había pasado catorce meses en Ingla-

terra, un año y tres meses en Alemania, dos años y cuatro meses en Portugal, así como cinco años en los Países Bajos y estancias bastante prolongadas en Italia y Francia. Es imposible pensar en otro monarca que gozara de esa experiencia, salvo su padre el emperador Carlos. No se me ocurre ningún jefe de Estado moderno que haya poseído un conocimiento tan amplio de la vida en otros países.

El embajador veneciano Baodero, a quien ya he citado, informaba de que Felipe se levantaba muy temprano y atendía los asuntos o la correspondencia hasta mediodía. Luego comía siempre a la misma hora y casi siempre el mismo tipo y la misma cantidad de alimentos. Bebía vino en vasos de tamaño medio que apuraba dos veces. En general, su salud era buena, pero a veces padecía un poco de gota. Esta enfermedad empeoraría mucho con el paso de los años y empeoraría su malestar.²⁹ Media hora después de la comida despachaba todas las peticiones y otros documentos que requerían su firma. Actuaba siguiendo el ejemplo de su madre la emperatriz y, tras la muerte de Isabel de Valois, su reina francesa, diría a su mayordomo flamenco, el marqués de Ladrada, que en asunto de gastos «todo se haga como en el tiempo de mi madre», esto es, economizando.

Tres o cuatro veces a la semana Felipe iba al campo en un carruaje para cazar gamos y conejos con una ballesta. A comienzos de la década de 1560 el rey visitaba a la reina tres veces al día: por la mañana después de misa, antes de comenzar a trabajar y por la noche. El embajador señalaba que los reyes dormían en dos camas separadas por un palmo de distancia, aunque debido a las cortinas que las cubrían parecían una sola. Felipe acudía a misa todos los días, pero solo recibía la comunión cuatro veces al año.

Su religiosidad era patente. De los cuarenta y dos libros que había junto a su cama, solo uno era de carácter profano.³⁰ «En servicio de Dios y mío» era una de sus frases preferidas. Su advocación mariana más querida parece haber sido Nuestra Señora de Montserrat, razón por la que le gustaba Cataluña (también quizá por su apego a Estefanía de Requesens). También profesaba mucho respeto a Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Le interesaban los nombramientos episcopales y elegía con cuidado a los

designados. Casi siempre apoyaba a la Inquisición, pero pagó al doctor Martín de Azpilcueta, celebrado moralista, para que viajara a Roma a defender al arzobispo Carranza, quien en 1558 había publicado una obra sobre el catecismo considerada dudosa.

Poseía una colección impresionante de más de siete mil reliquias sagradas, entre las que se incluían doce esqueletos.³¹ Un cortesano, Agustín Nari, pensaba que Felipe era ciertamente devoto y además justo, sobrio y pacífico, pero decía que esas virtudes se tornaban al final en cinismo, severidad y avaricia por su deseo de ser el árbitro principal de la Cristiandad. Sin embargo, avaricia y cinismo no eran términos usados con propiedad en este caso.

Los confesores de Felipe solían ser hombres obesos: por ejemplo, el franciscano Bernardo de Fresneda, después obispo de Cuenca y arzobispo de Zaragoza, fue su confesor de 1553 a 1577.³² Felipe lo visitó una vez en Cuenca a su paso hacia Valencia; y después de él hubo un austero dominico, fray Diego Rodríguez de Chaves. Al igual que los confesores de Carlos V, estos solían dar su opinión sobre asuntos y cuestiones alejados de la religión, y en una ocasión Chaves censuró al arzobispo de Milán, el santo administrador Carlos Borromeo, afirmando que no había que obligar a nadie a la perfección.

Felipe prefería recibir por escrito toda la información y noticias, igual que haría en el siglo XVIII el rey Federico el Grande de Prusia. Poseía cerca de cien esculturas, la mayoría antiguas y de mármol o de bronce. Entre ellas destacaban las efigies de doce emperadores romanos en mármol blanco, enviadas por el cardenal Giovanni Ricci en 1561, y doce bustos de mármol también de emperadores, obsequio del papa Pío V. Asimismo, era dueño de algunos bronce reunidos por el historiador Diego Hurtado de Mendoza, quien en 1575 legó todos sus tesoros al rey. El objeto más celebrado de la colección de Felipe era un Cristo crucificado de mármol blanco, obra de Benvenuto Cellini, que le había enviado Francisco de Médici, segundo gran duque de Toscana.³³ El rey compró algunos cuadros excelentes en los Países Bajos, entre los que se incluían algunas obras famosas de El Bosco, Patinir y Roger van der Weyden, que constituyen la base de la magnífica

galería flamenca del Museo del Prado, así como de la galería escorialense. En El Escorial también había algunos cuadros impresionantes, si bien de menor categoría, sobre la batalla de San Quintín, que conmemoraban la victoria imperial.

Más importantes aún eran los tizianos que encargó al maestro en 1559, incluidos *Diana y Acteón* y *Diana y Calixto*. También había pinturas de la serie que Tiziano denominó *Poesías*.³⁴ En el momento de su muerte, Felipe poseía una colección de más de mil cuadros, además de las quinientas obras en su mayoría flamencas que había heredado.³⁵ La historiadora del arte Sheila Hale considera al monarca español «el más generoso, liberal y sensible mecenas de toda la carrera de Tiziano».³⁶ Recopiló además otras colecciones de monedas, relojes y astrolabios, armas y armaduras, siguiendo un modelo completamente desconocido entre los monarcas contemporáneos.

Felipe solía mostrarse sociable y cordial. Así, cuando en 1564 hizo su entrada oficial en Barcelona durante los carnavales, se mezcló con la gente. Deseaba librarse de la melancolía que lo había afectado durante los cuatro meses y medio que había pasado en la sombría ciudad de Monzón, donde había tenido que asistir a las Cortes de Aragón. Más tarde se trasladó a Valencia, donde hubo innumerables bailes, banquetes y torneos. Pero disentía de las ideas de su padre acerca de la conveniencia de viajar por su reino y, tras su regreso de los Países Bajos en 1558, hizo los menores desplazamientos posibles, manifestando en 1598 a su hijo y futuro heredero Felipe III que viajar por el propio reino no era útil ni decente. Probablemente estaba equivocado en su juicio, pues Carlos V, al igual que sus predecesores, los Reyes Católicos, había aprendido mucho acerca de los problemas provinciales y las personalidades alojándose en lugares insospechados.

Sus mayores enemigos no podían reprochar a Felipe ningún acto que no fuera inspirado directa o indirectamente por su sentido de la responsabilidad hacia sus súbditos. Sin embargo, como era de natural receloso, desafortunadamente no depositó su confianza en los dos hombres más inteligentes de su familia, su medio hermano, el gallardo y eficaz don Juan, y su sobrino, el brillante general Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma.

Parece también haber preferido que sus secretarios fueran gente de personalidad no muy definida, como Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, y después Mateo Vázquez.

Su personalidad cautelosa afectó su modo de gobernar. En este sentido fue el reverso de su padre, a quien le gustaba asumir riesgos que a veces resultaban desastrosos o inútiles. Como veremos en el capítulo siguiente, Felipe cuidó con gran celo de las instituciones con las que administraba su reino, cada año más extenso. Pero al hablar de dichas instituciones debemos recordar también que, en su infancia, Felipe siempre estuvo acompañado por pájaros enjaulados y se mostraba dispuesto a hacer cualquier cosa siempre que fuera en el reino, según observaba Zúñiga.³⁷ No tenía guardaespaldas y le gustaba que se dirigieran a él como «señor» y no como «su majestad», que había sido el tratamiento preferido por su padre. Le disgustaban las corridas de toros pero nunca las condenó, a sabiendas de que en España eran una fiesta popular de creciente interés. Cuando se hallaba en Salamanca, antes de su primer matrimonio con María de Portugal, solía asistir a las clases magistrales y puede que escuchara al gran teólogo Francisco de Vitoria, padre del Derecho Internacional.